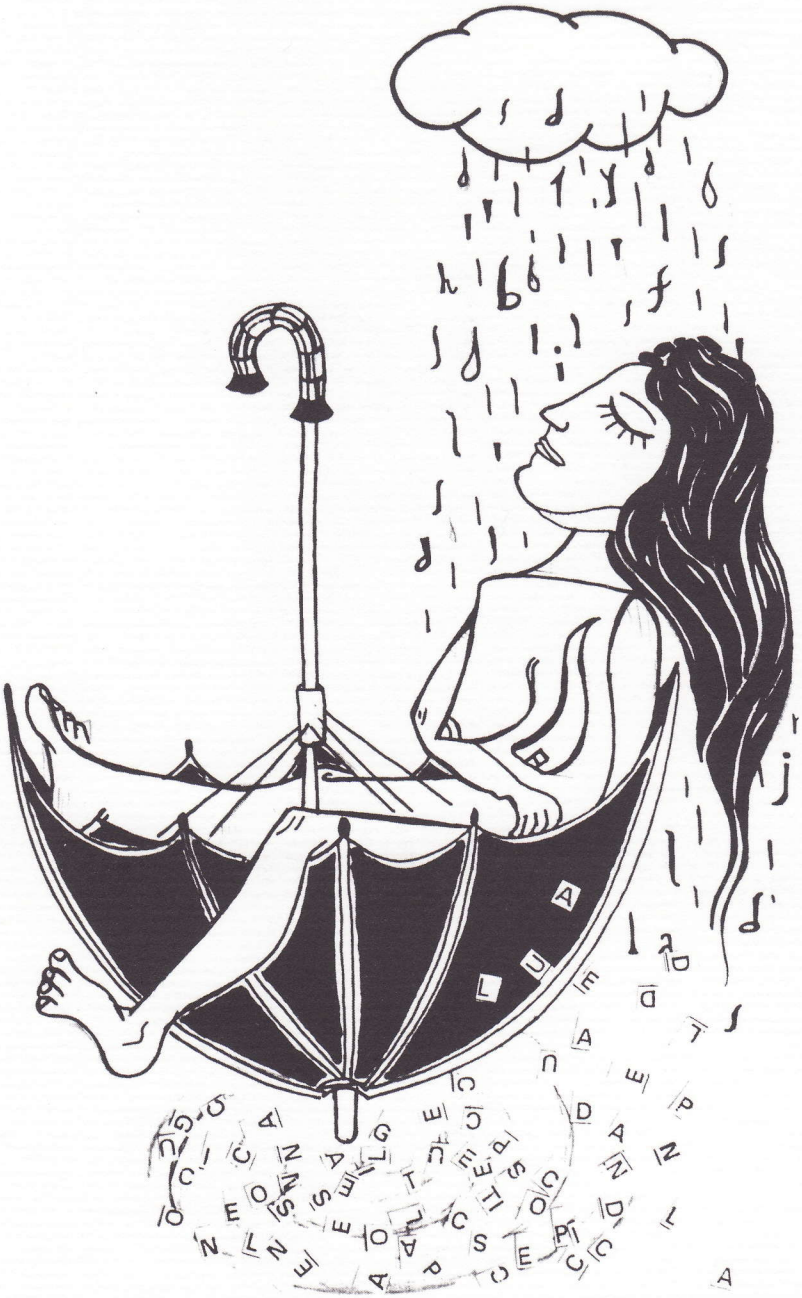
calicanto

revista de creación literaria nº 27



La más cruel de las certezas de **Mario Pérez Antolín**
Baile del Sol. Textos del desorden, 2013

Hoy, que vivimos el deslumbrante triunfo del «homo twitter», resulta inevitable al leer un libro de estas características, preguntar qué se espera de un aforismo, acaso con la pesarosa sospecha de si podrá cumplir con los requisitos de la filosofía o de la poesía, o de ambas, o simplemente de la buena literatura, es decir, si concierta la necesaria profundidad de pensamiento con la belleza y el sentimiento. Qué duda cabe de que todo esto se fundamenta sobre el incierto e inveterado relativismo, bajo el ala del dicho «todo vale», ¡qué le vamos a hacer! Pero es que al lector de aforismos todo le ha de valer.

Ocurre no obstante que el aforismo es una expresión de inteligencia heraclítea, ésa que, envuelta en su propio sayo, resulta fugaz aunque anclada, iluminado estertor aunque hondamente sentido. Bastaría que algunas de estas características fallase, o se exagerase ocultando las otras, para que el aforismo fracasara. Por eso no es fácil parir un buen aforismo, porque ha de estar aforado, remiso a la justicia común, en fin, porque ha ser desaforado, como los gigantes de Cervantes y mover mucho sus brazos. Al final en efecto, como efecto suyo, esperamos la iluminación, y a un tiempo, el goce.

¿Diremos que el libro de Pérez Antolín se halla en este registro? Sin duda. Pero configuremos antes un listado de las buenas formas que ha de portar una agrupación de aforismos (y digo agrupación porque como las manadas de grandes herbívoros, los aforismos hacen grupo, se quiera o no).

Están obligados en efecto, a abrir la revelación, a ponerse al servicio de la intuición y ser rayo de la inteligencia. No deben y no pueden evitar la deconstrucción, el hacer crítica atroz, el desmontar y desvelar porque viven de las ruinas del gran discurso y entre ellas. Ponen algo de poesía, no ya en el «minidiscurso», sino en la vida a la que finalmente refieren. Y no obstante, construyen una metafísica, y si no, la sugieren o la evocan, o son manifestación suya, en fin, es el caso que arraiguen en el desarraigo. También es verdad que ofrecen en breve una visión del mundo. Y ofrecen al tiempo el retrato del sujeto aforado; poner una pizca de humor, o de mal humor, o de la mala leche en el decir y en lo dicho también es uno de sus gratos distintivos.

Escarbando aquí y allá encontraremos estas cosas, y otras muchas, en las continencias discursivas de ***La más cruel de las certezas***, libro de aforismos dividido en seis bloques: «En las simas del pensamiento», «Cargas de profundidad», «Lo mínimo de todo», «Enunciados imposibles», «Escrito para ser borrado», y «Volátil como el verbo», títulos acaso suficientemente aclaratorios sobre lo que debería ser la poética del aforismo, o sobre cuanto ya llevamos dicho. Cada uno de estos bloques son diversos y «politemáticos». En su contenido recorren los mundos de la cultura, de la política, de la ciencia histórica, de la sociología, del Arte, de la poesía, la religión, el lenguaje o la Metafísica, con una inusual frescura personalizada. Es evidente que si falta la personalidad el aforismo se desangra, y aquí no se atisba hemorragia alguna, todo lo contrario, la personalidad de Pérez Antolín late con fuerza, y esa es la argamasa del libro.

Pero cada bloque explota también su naturaleza particular, lo que da idea de la naturaleza desviada y perspectivista que puede tomar el aforismo, el autor; y así, en unos bloques, los primeros, pesa más el contenido, en otros la incongruencia sin llegar a título de greguería. En otros la poesía. ¡La poesía! Porque son muchos los aforismos que podríamos tildar de poéticos, y no son pocos los poemas aquí vertidos con título de aforismo. Desde mi punto de vista, los últimos son los más interesantes, plenos ya de consciencia aforística, más mágicos y caprichosos, más propios, más del autor.

Pero claro, el aforismo también tiene sus propias problemáticas ¡no iba a ser la panacea literaria! Hay en ellos, siempre o casi siempre, un salto mortal, un salto impreciso en el vacío que va de aforismo a aforismo. Habría de leer el sistemático lector, el buen lector aforístico, uno cada día. Es más, hallaríamos buscando aquí y allá, no pocas inconsistencias e incompletudes. Es normal, no todos los días nos levantamos igual, ni vemos el mundo de la misma manera. Unos a otros, algunos aforismos se escupen, no se quieren, y todos están metidos en el mismo libro y bajo la misma firma. No pasa nada, al libro de aforismos pluritemático no se le pide consistencia. ¿Incompletos? Pues sí, porque de la incompletud vive el relámpago. Nunca agota el discurso (tampoco lo agota la malograda metafísica), solo que aquí los hilachos sueltos de la trama se notan mucho más. No pasa nada, el hilacho aforístico es bello. Y esto conlleva otro mal muy digno de tener en cuenta: que el lector ha de morderse la lengua, esconderse la réplica, pues, de naturaleza replicable, el aforismo deja siempre, cuando no es bueno o muy bueno, buenísimo, un resquemor, el resquemor de decir «esto no es así».

Pues bien, también de estas vicisitudes vive ***La más cruel de las certezas***.

Manuel Gallego Arroyo